

» ¡Entre tanto, mis días, abrasados por el dolor, trascurrían secos y agostados en flor; y yo iba sintiendo que mi vida, herida en su mismo manantial, moría, moría siempre á los golpes de una idea constantel Mi frente juvenil ocultaba la languidez que me consumía como árbol primaveral cuyo corazón roe un gusano; y al ver la muerte, próxima, ante mi paso, sentía en el alma un júbilo feroz! Era el único remedio para mi mal sin esperanza. Y sin embargo, antes de morir habría deseado ver el lugar de nuestro destierro, esos montes, ese rincón de la tierra, que fué por espacio de dos años el santuario de mi dicha, y volver á encontrar en esa mansión, aunque en sueños tan sólo, mi primitiva inocencia y mi celeste amor. Volví á ver el desierto y la roca escarpada; pero también recibió entonces mi alma su última herida. Presentóse ante mis ojos toda mi felicidad pasada; estreché mil veces su sombra entre mis brazos; las peñas, el lago, los precipicios me depusieron otras tantas horas de delicias; pero mi corazón, que tanto las deseaba, no ha podido resistirlas, pues así como se muere de dolor, él muere de recuerdos! ¡Y me trajeron aquí desde la gruta, postrada, y muriendo de una muerte que he esperado en demasía!...»

Guardó silencio; sus dientes rechinaban; luego repuso:

— ¡Ya sabéis quién fuí; juzgadme ahora!

Inclinado sobre su lecho, con la mirada fija en el cielo, las manos levantadas, la bendije de todo corazón y escuché el relato de sus faltas. Cuando hubo terminado, le dije algunas palabras ahogadas por el llanto y entrecortadas por los sollozos, en que el acento alterado de mi voz conmovida la hacía aún desconocida para su oído. Busqué en mi corazón esos tesoros de perdón de que Dios nos ha dotado para la hora postrera, y antes de derramar la inocencia en su alma, le pregunté:

— ¿Os arrepentís de esos pecados, señora? ¡Tengo la indulgencia suspendida sobre vuestra frente; Dios no espera más que esa palabra!

— ¡Oh, sí, me arrepiento de todo cuanto mi corazón vitupera á mi mente, de mis días prodigados sin utilidad, de mi vida insensata, de haberme afanado tanto por encender en otra parte lo que Dios no encendió más que una vez en dos corazones! ¡De ese olvido del cielo de que me había prevenido esa misma gracia ¡ay! que me ha perdido; de ese tiempo malgastado en infructuosos suspiros; me arrepiento de todo, ménos de haberle amado! ¡Y si mi amor es punible á los ojos de ese Dios, que me abrume su venganza en la eternidad! Ni siquiera hoy puedo arrancar de mi corazón la imagen del único sér que me ha hecho creer en Él sobre la tierra. ¡Y se presenta todavía tan bella su imagen á mi moribunda vista

que no comprendo el cielo sin ella! ¡Oh! Si estuviese aquí, si Dios me le devolviera! ¡Si me mirase aunque fuese al través de la muerte! Si estuviese reservada esta hora á mi vida, si escuchase su acento, me creería salvada! Su voz endulzaría hasta mi mismo lecho mortuorio!

—¡Pues bien, Laurencia, óyela! exclamé.

La lámpara despidió un fulgor como celeste relámpago en la oscura penumbra: ella se incorporó para examinar mi rostro.

—¡Dios mío! ¡Es él! gritó.

—¡Sí, Laurencia, yo soy, tu amigo, tu hermano, vivo, en tu presencia! Soy yo, á quien el Señor envía en su día de perdón para tenderte la mano y allanarte el camino, para lavar más que tú tus pecados con mi llanto! ¡Tus faltas, hija mía, son tus propias desgracias! Yo solo soy el que perturbó tu vida; tus pecados son los míos, y yo te justifico de los que has cometido. ¡Penas, crímenes, remordimientos, son comunes á entrambos; yo los asumo todos para expiarlos todos: tengo tiempo, tengo lágrimas, y Dios te redimirá allá arriba tomando en consideración mi dura penitencia! ¡Ah! ¡Recibe de este corazón predestinado al tuyo el perdón más tierno que jamás se haya dado en la tierra! ¡Recibe de esta mano, de la que Dios tan sólo te ha privado, tú precoz corona y la vida eterna! Reunidos al principio y al fin del camino, todos los dones del Señor te aguardaban en mi ma-

no. ¡Amala por esos dones de Dios! ¡Cree, ama, espera! ¡Laurencia, esta mano te absuelve en nombre del Padre!

Y al acabar de hacer sobre ella la señal de la cruz y cuando las palabras sagradas espiraban en mis labios, sentí que sus dedos helados se apoderaban á la fuerza de mi mano y que la atraían á su boca estrechándola con ardor; quise oponerme á este arranque, pero su alma había volado al cielo al dar aquel beso postrero! Mi mano, que sus rígidos dedos seguían estrechando, permaneció toda la noche en su mano helada, hasta que empezó á clarear el alba, y las mujeres del caserío vinieron á darle sepultura!

.

Caserío de Maltaverne, 24 de Noviembre 1802.

Háse abierto el testamento. Me lega todos sus bienes: ¿qué haré de ellos? Ruega, ordena que se lleve su cadáver esta noche á la tumba de su padre, acompañado por un solo sacerdote, para que su corazón mortal se duerma y resucite en el único punto de la tierra en que mora su pensamiento!

¡Ah, Laurencia! ¡Soy yo, yo quien te conducirá

allí! ¡Yo, hermana mia, te depositaré en la tumba!
¡Ay, ojalá sea yo tambien quien te despierte con mi voz, en otro tiempo tan grata á tu oido! Recibo de buen grado ese cuerpo; pero no acepto esos bienes: únicamente en el cielo seremos parientes. Devore el fuego mi nombre estampado en ese escrito: Dios lo sabe, esto basta; pero que lo ignore el mundo!

26 de Noviembre de 1802,
en la Gruta de las Aguilas,

¡Oh Dios miol Dispon ya de tu servidor, que desfallece una vez terminada su dolorosa mision!

.....

27 de Noviembre.

Cuatro montañeses habian venido á buscar el cadáver para llevarlo en unas parihuelas de ramas de sauce: partimos de noche, ellos, un guia y yo. Yo iba detrás, un tanto léjos del fúnebre convoy, por miedo de que mis sollozos, que con dificultad podia reprimir, revelasen un dolor humano en el sacerdote, y para que no se advirtiera en mi rostro inundado de llanto la lucha que sostenia la fé divina con la desesperacion.

Era una de esas crudas noches del mes de Noviembre, cuyo rigor hace mella en cada miembro del hombre, y en que todo se estremece ó gime convulso en el suelo, que muere de ásperas sensaciones. Los senderos encajonados, resbaladizos por efecto de una finísima lluvia, bebían las heladas brumas de la montaña; las nubes pasaban rasando en su vuelo con los árboles; la hojarasca se arremolinaba en el suelo; los pesados vientos del invierno que soplaban á ráfagas mugían á intervalos escapándose de los barrancos, sacudían el féretro en los brazos de sus conductores, y desprendiendo del paño que le cubria la corona de flores que las mujeres de la aldea habian puesto sobre él, me lanzaban silbando las hojas al rostro; símbolo espantoso del destino, que arroja con desprecio á la frente del hombre venturoso los pedazos de su felicidad! La luna, que corria entre las pálidas nubes, tan pronto alumbraba las calles de pinos, como, ocultando en el seno del cielo su fulgor, nos sumía en tal oscuridad que nos obligaba á andar á tientas; y yo, para cumplir con mi cruel ministerio, encerrando mi secreto en mi mente fria y muerta, procuraba entonar, haciendo un esfuerzo sangriento, algunas notas de los cánticos consagrados á la muerte; pero mi voz, rechazada á mi seno, se paralizaba truncando la antífona comenzada, y mis lágrimas devoradas á raudales en mis cánticos, saliendo al fin con mis gritos, los convertían en sollozos.

¡Oh canto de paz de los muertos desmentido por mi alma! ¡Coro fúnebre entonado durante el horror del drama! ¡Ah! ¡Jamás habeis salido de las voces de un coro haciendo estallar más fibras del corazón! Y sin embargo, Dios mío, ¿habré de confesarlo? A veces acudía á mi imaginación una idea que me sonreía; una amarga dulzura venía á aliviarme como al hombre que siente su peso ménos oneroso. Decía para mí, excitándome y animándome: «Solo me resta seguir á lo que amo. En ese borde de la tumba ya no queda nada detrás de mí, ni nada bello que lamentar en este destierro. ¡Todo cuanto amé ha abandonado la tierra! Yo continúo en ella, Señor, pero aislado, solitario: y ya no tengo nada que hacer aquí sino sentarme un instante, y tender las manos hácia esas manos que se me tienden!»

De vez en cuando los conductores, cansados de llevar su fúnebre carga, hacían alto, y dejando el féretro en el verde márgen del sendero, iban en busca de un poco de agua que refrescara sus secos labios. Yo me quedaba solo rezando de rodillas, con la frente apoyada en la cabecera del ataúd, aplicando mis labios sobre la madera, casto y secreto beso del eterno amor! Luego me levantaba y proseguía mi camino, como si también hubiera mitigado mi sed en algún manantial!

En tanto el crepúsculo y su pálida claridad me iban permitiendo ver por grados el horizonte. Como

hombre que vislumbra entre sueños un fantasma adorado que se alza de la sombra, así también cada uno de los sitios por donde yo pasaba me hablaba de Laurencia; ya era la roca hendida en donde el compasivo pastor escondía el pan de nuestras delicias, ya la espumosa onda en el fondo de los precipicios, ó el puente natural en que la ví por vez primera, ó la orilla en que mis brazos la recibieron estrechándola contra mi corazón, ó la nieve en que todavía me figuraba ver caer gota á gota la sangre de un padre que nos marcaba el camino; luego el valle en que habíamos pasado tantos días de inocente amistad; el lago que rizaba sus aguas como un tejido de seda, y cuyas ondas parecían saltar de júbilo siempre que nos veían; los cinco robles que extendían sus negros brazos sobre la yerba, todos los sitios en fin de nuestras dichas y de nuestras desesperaciones, en cada uno de los cuales había dejado impresa su adorada imagen el drama divino de nuestra edad juvenil; y á veces los conductores y yo descansábamos en el sitio, en la misma yerba, donde mi mirada recordaba de pronto haberla visto sentada á mi lado sobre las flores que en aquel momento tronchaba su ataúd! Y su sonrisa, y sus ojos, y su rostro y su voz penetraban en mi corazón como cuña en la madera! Y entonces me volvía un poco hácia la orilla del lago para que el viento que de él venía secara mis lágrimas!

.....

Por último, depositamos el cadáver junto á la tumba de su padre; sentéme á la orilla del agua con la frente apoyada en las manos, mientras los hombres que me acompañaban abrian en el suelo el lecho de su sueño eterno en que yo iba á acostarla. Cada azadonazo que resonaba disipaba una de esas imágenes que subian á mi corazón al aspecto de aquellas riberas, las deshacia una tras otra como se deshacen las olas contra el escollo, y las conducía á abismarse en el ataúd. Cuando quedó abierta la huesa, quise yo mismo depositarla en ella, para que aquel hermoso cuerpo, dormido entre mis brazos, se apoyase, aún allí, sobre mi corazón amigo. Estrechándola contra mi seno como una pobre madre que pone en la cuna á su hijuelo dormido en tierra, la extendí silencioso sobre el suelo aplanado; y al punto oí que el terreno resonaba á mis piés á causa de la arena que el pastor iba echando á paletadas, hasta que la tumba, elevando su nivel, me encontró ya muy entrado el día de pié sobre ella!

Deseoso de pasar á solas todo aquel misterioso día, fingí que debía cumplir aún algun deber de mi sagrado ministerio, y dije negligentemente á los conductores que bajaran poco á poco de la montaña sin mí, con lo cual me quedé solo para llorar en silencio la hora sin fin de la ausencia eterna!

¡Oh! No intentaré describir, aunque pudiera, lo que pasó en aquellos momentos de duelo entre esa alma

y yo reclinado sobre aquel sepulcro, el amor y la esperanza que emanaron de aquella huesa á donde me llamaba Laurencia! ¡Hay coloquios de la vida con la muerte, hay frases sagradas que el alma puede oír, pero que ninguna lengua humana es capaz de reproducir en acentos, que abrasarian la mano del que las escribiera, y que ni aún á la hora de la muerte se deben pronunciar, aunque se las dirija uno á sí mismo!

.....

Cuando solo ante Dios heube agotado todas mis lágrimas, deseé recorrer antes de morir aquellos sitios tan llenos de tristes atractivos, y pasé la tarde visitándolos todos. ¡Oh! ¡Cómo habian borrado en poco tiempo nuestras huellas los estíos y los hielos! ¡En cuán pocos dias nos habia olvidado la tierra de aquellos senderos tan recorridos por mis piés! La vegetacion, como un mar de plantas, lo habia cubierto todo con sus oleadas trepadoras; las zarzas y los espinos interceptaban el paso; la yerba que hollaba con mis piés no me conocia; el lago, lleno de hojas caidas, las despedía por todas partes con sus olas plumizas; en su empañado espejo no se reflejaba nada, y su espuma muerta estaba amarillenta en las orillas; dos de aquellos robles que cubrian el antro con sus raices, habíanse convertido en melancólicas ruinas; sus troncos tendidos en el suelo estaban negros y podridos, y los lagartos habian devorado sus corazones; uno solo que continuaba en pié, si bien tron-

chado por la tempestad, alargaba hacia la gruta un desmesurado brazo sin follaje, como esos negros postes que se plantan en un camino para que sobresalgan de la nieve y sirvan de guías. ¡Ah! Sobrado conocía yo aquel fatal camino; mis vacilantes piés me arrastraban hacia la gruta; acercábame á ella paso á paso andando sobre movedizos montones de hojas otoñales aglomeradas por el viento. Al pisar aquellos restos que el tiempo descompone, oí resonar y crujir algo bajo mi pié, inclinéme hacia el suelo amarillento, ví que eran huesos y los recogí, reconociendo en ellos los piés de nuestra pobre compañera, de nuestra cierva á la que dejamos olvidada al alejarnos de la montaña, y que, muerta sin duda de hambre ó de pena, habia dejado sus huesos blancos en el umbral de nuestra gruta!

Penetré sin atreverme á respirar en la cueva desierta, como un muerto, cuya pérdida hubieran olvidado sus deudos, entraria sin que nadie lo conociera en su propia casa, cuyas paredes ya no saben el nombre del que las construyó. De una sola ojeada recorrí todo el recinto, y mi mirada cayó sin vida como lámpara apagada. ¡Oh templo de una felicidad desconocida en la tierra! ¿qué habia sido de tí en tan poco tiempo? La arena y el lodo que cubrian la puerta tan sólo daban paso á una claridad tenue y macilenta; la hiedra, espesando sus tenebrosas ramas, interceptaba la brisa y el reflejo de las aguas;

el cieno, amontonado en el canal de la fuente, habia cambiado su curso en el hueco de la roca, y el estanque de piedra, de eterno murmullo, sólo tenia musgo árido en sus orillas. Ningun ave bebia allí ó lavaba sus alas. Los nidos de nuestras palomas y de nuestras golondrinas desprendidos y roídos por los dientes de las zorras, flotaban contra la bóveda colgando de sus hilos, con sus blancos plumones, sus plumas, sus escamas, que llenaban el suelo ó ensuciaban las paredes.

En aquella morada de paz, de cariño, de amor, todo era ruina y profanacion. En el sitio en que Laurencia habia dormido en otro tiempo con el sueño de la pureza infantil sobre su cama de helechos, las fieras habian amontonado en la sombra su cubil de espinas mezcladas con malezas; y aquel recinto sagrado de inocencia y de amor estaba lleno de huesos descarnados, de lívidos esqueletos, de restos medio roídos por sus ávidos hijuelos, y de pelos ensangrentados esparcidos alrededor. Retrocedí horrorizado. ¡Oh vil monton de cieno! ¡Oh tierra que produces tus flores y quien te adorna con ellas! ¡Oh! ¡Es eso lo que haces de nosotros! ¡Tú borras todos nuestros pasos por tus valles! No nos permites imprimir en tu faz ni siquiera la fugitiva huella de nuestras penas; encontramos la alegría allí donde hemos llorado; la fiera ensucia el antro donde el ángel ha dormido! La sombra de nuestros amores, di-

sipada en el espacio, no se cierne dos días seguidos en nuestro punto de vida, y nuestros ataúdes ni siquiera guardan en tu seno ese puñado de ceniza amada á donde nos guían nuestros pasos. Nuestras lágrimas, esa agua del cielo que derraman nuestros párpados, se llenan de polvo al lavar las tumbas: el suelo bebe al azar la médula de nuestros ojos. ¡Ah tierra, no eres nada! No pensemos más que en los cielos!

Me levanté, fortalecido por este grito de cólera: cuando salí del antro y volví á encontrarme en la montaña, el alud se habia precipitado al lago; una blanca alfombra de nieve lo habia nivelado todo; la tumba no era ya más que una ligera eminencia, semejante al montoncillo de nieve que un niño acumula; el huracan barria sus ondulantes surcos, y dos pobres tortolillas (ah! las conocí) luchando con los torbellinos cuyo polvo glacial entorpecía sus alas, se esforzaban por huir de aquella tumba movediza, giraban y abatían juntas su vuelo. Llamé por sus nombres á aquellas aves, que eran nuestros símbolos; pero el huracan de nieve se llevó mis palabras, y luego, sin pensar ni oír, empecé á descender de la montaña, como si llevara plomo en los piés.

.....

Escrito sobre una pagina de la *Imitacion de Jesucristo*.

Valneige, noviembre de 1802.

Cuando el que quiso sufrirlo todo por sus hermanos hubo apurado nuestras miserias en su sangriento cáliz, dejó en él una áspera voluptuosidad; y esta muerte del corazon, que en sí misma se recrea, este sabor prematuro del cielo en el dolor supremo, oh Dios mio, es tu voluntad!

Como él, he encontrado en mi completo sacrificio esa perla oculta en el fondo de mi cáliz, esa voz que bendice á todo trance, en todo lugar; cuando el hombre ya no tiene en sí nada que se pertenezca, cuando tu gracia ha hecho de tu voluntad la suya, el cuerpo es hombre todavía, pero el alma es Dios!

.....

Valneige 19 de mayo de 1803.

Hace seis meses que no he escrito nada; mi alma muere cada día de mil muertes. Desde que la miseria y la epidemia suben hasta estas altas regiones para diezmarlas, ¿qué importa á mis ojos este diario, este espejo de mi vida? Mis ojos están constantemente llenos de lágrimas: no tengo un momento de descanso de día ni de noche, y ni siquiera deseos de descansar: siempre fijo á la cabecera del lecho de los moribundos, dulcifico en lo posible su pro-